



HABLA EL POLICÍA D. MARCELO LORENZO

Entrevistamos a D. Lorenzo Flames el policía que con su valiente actitud salvó la vida al fundador de la coordinadora. Con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, recuerda con precisión aquellos trágicos sucesos de los que fue testigo principal y artífice en su desarrollo providencialmente positivo.

- ¿Dónde nació usted?

En Barcelona, hace 36 años

- ¿Por qué se hizo usted policía?

Creo, que como la mayoría de nosotros, para que la sociedad funcione lo mejor posible. Desde corta edad tenía un sensible sentido de la justicia. Poco a poco fui viendo atropellos, injusticias y corrupciones, por lo cual, a la edad de 23 años decidí entregar mi vida a la causa de la Justicia a través de la policía.

- ¿Ha encontrado en una profesión trabas en el ejercicio de sus funciones?

Si las he encontrado en diversos niveles oficiales y políticos. He visto de cerca como personas que por razón de su cargo deberían defender la justicia, y estaban implicados en diversas formas de graves corrupciones.

- ¿Sabemos que en el transcurso de su vida policial ha sido y sigue siendo un gran luchador contra la droga?

No dudo ni por un momento que al igual que yo hay un elevado porcentaje de policías que también luchan limpiamente contra la droga puesto que también son padres, y quieren la mejor sociedad para sus hijos, puesto que nosotros tenemos la obligación de construir, entre todos, esta sociedad del futuro.

Yo, personalmente y a riesgo de mi propia vida he llevado a cabo toda una serie de servicios contra la droga.

- ¿Cómo conoció al fundador de la Coordinación?

En una situación muy precaria para él. Era el

Domingo de Ramos del 87, cuando lo ingresaron en la cárcel Modelo, en la celda 110 que compartí con él durante dos semanas.

- ¿Cuál era la actitud del fundador de la Coordinadora aquellos días?

De desmoralización total, de angustia, de impotencia, ante la enorme injusticia que sufría en aquellos momentos.



Perdió el apetito rápidamente y una de las frases que más le oía decir era: "No saben como hundir la Coordinadora. Me he dedicado toda la vida a la educación y el bienestar social de la juventud pero mientras me quede un poco de vida seguiré luchando por ello".



- ¿Tuvieron muchas horas para charlar?

Efectivamente, largas y angustiosas horas. Fijese si teníamos tiempo que estábamos encerrados en la celda 23 horas, treinta minutos, al día con una escasa media hora para poder pasear primero por el pasillo de la galería y después en el patio y en esa media hora, podíamos ducharnos. No teníamos acceso al economato ni atendían a nuestras justas peticiones.

Yo por mi formación y experiencia como policía se distinguir rápidamente al delincuente de la persona honrada. Vi en él una persona muy honrada, le escuché y le ayudé.

- ¿Podrías decir que a lo largo de estos angustiosos días, si se desmoronó psíquicamente?

A pesar de que cada día era más débil su estado de salud, siempre conservó la esperanza y la serenidad. En varias ocasiones le sorprendí rezando.

- ¿Usted le salvó la vida al fundador de la Coordinadora?

Efectivamente, tal y como explico en la carta que poco después escribí al nuevo presidente de la Coordinadora, Su Señoría el Juez D. José M^º Miquel Porres, carta que creo publicada en esta misma Revista.

- ¿Porqué le salvó la vida?

Porque era un injusticia permanente, constante, en que paulatinamente le iban dejando sin su necesaria medicación para el corazón. Pronto no salía ni a pasear esa media hora al día, quedándose en la cama con mucho frío y sin apenas ingerir alimento alguno.

Pese a esta situación los funcionarios conociendo su estado tomaban una actitud totalmente pasiva, como si una mano negra les hubiera encargado dejarle morir.

Incluso paseando por el patio se oyó comentar entre ellos "Este pronto se morirá".

Mi indignación fue radical. Opté por imponerme con todas mis fuerzas consciente del alto riesgo que asumía. Aproveché la apertura de la puerta para efectuar el último recuento del día para, gritando con todas mis fuerzas, ponerles en evidencia.

Tenía el convencimiento de que no pasaría de aquella noche. Ante lo cual aquel funcionario salió corriendo a la calle a comprar el medicamento manifestando posteriormente al hacerme entrega de él que por Dios no dijera que el había sido quien facilitó el referido medicamento para su corazón, diciéndome que lo escondiésemos y que él no sabía nada de nada. Si no hubiese sido por todo esto ya no hubiera visto la luz del nuevo día.

